

After 'Deschooling Society'

Universal education through schooling is not feasible. It would be no more feasible if it were attempted by means of alternative institutions built on the style of present schools. Neither new attitudes of teachers toward their pupils nor the proliferation of educational hardware or software (en classroom or bedroom), nor finally the attempt to expand the pedagogue's responsibility until it engulfs his pupils' lifetimes will deliver universal education.

Ivan Illich, 1971.

Las universidades Occidentales han continuado la tendencia, iniciada ya en el siglo XVII, por la cual la educación se halla orientada hacia el tratamiento y proceso de información, así como hacia la consecución institucional de los estudios (validación, legitimación, etc.) y, por ende, hacia la plausibilidad y eficacia administrativa de los mismos. El proceso de comercialización de la educación universitaria, que constituye en la actualidad un entrenamiento más que una educación, no es un fenómeno posterior a la Segunda Guerra Mundial, como algunos autores proponen, puesto que el mismo responde a una noción de conocimiento que ha evolucionado en torno a la concepción de ciencia iniciada en el siglo XVII. Y los desarrollos industriales y tecnológicos de los últimos dos siglos.

Como siempre, pero también con evidencia más contundente que en el pasado, nada es tan incierto como la sociedad del futuro o, mejor dicho, los caracteres que el planeta tendrá en los años porvenir. Sin

embargo la educación, sea universitaria, secundaria o elemental, desconoce esta situación de incertidumbre como elemento insoslayable. Nunca la educación institucional ha estado menos preocupada por la creatividad y, sobre todo, por la posibilidad de preparar individuos hacia lo incierto. Como ya sostenía Ivan Illich (1926-2002), existe una incompatibilidad entre los valores presentes de la escolaridad y la creatividad o el pensamiento entendido como una actividad especulativa. En *Deschooling Society* (1971) Illich ya había predicho las consecuencias de la extensión del cientificismo y el academicismo como formas dominantes de conocimiento —eso que el autor llamaba “radical monopoly”.

La idea de que el trabajo, el negocio con lo incierto y lo impredecible es algo para lo cual un individuo debe prepararse es algo que hace reír a los detentores de las *managerial ideas* que rigen la educación universitaria y elemental. Nada es considerado tan opuesto a las perspectivas financieras que dominan la vida cotidiana y científica como esta concepción en donde el énfasis reside en lo que no puede saberse en términos naturalistas, cientificistas o historicistas. La noción plena de especulación ya no tiene legitimidad alguna en la comunidad académica, por eso disciplinas como las matemáticas puras o la filosofía tienen en Occidente tantos inconvenientes para sobrevivir por sí mismas y no de manera *aplicada*. Y en este contexto es natural constatar que la pedagogía se ha convertido en una metodología con propósitos institucionales y financieros. Por tanto, la ignorancia y desprecio por las humanidades es una consecuencia inevitable de la actitud de aquellos que llevan adelante esta estandarización mortuoria de la educación.

La incertidumbre tiene una relación directa con la noción de error y la concepción de fracaso. La presente educación escolar, al menos en Occidente, se halla encaminada a convencer a los estudiantes —y a los

profesores— que el error y el fracaso pueden reducirse a porcentajes ínfimos o casi nulos. Más aún, la gran mayoría de las teorías recientes en ciencia apuntan hacia el hecho que las nociones de error y fracaso, no sólo son equivalentes, sino que también pueden ser erradicadas de la concepción de pensamiento. El desarrollo del aprendizaje no considera ya el error y el fracaso como parte del mismo. De manera tal que valores como verdad, justeza, eficacia, etc. son aquellos que determinan los pensamientos pedagógicos prácticos recientes.

En realidad el error o fracaso no es un porcentaje sino una situación concreta. En esto la cientifización de la vida cotidiana no ha hecho sino acentuar esta creencia en medidas y cifras, pero, sobre todo, en la idea que existe un control y una predictibilidad sobre nuestras circunstancias inmediatas y, en particular, sobre las expectativas y planes de lo porvenir.

La preparación para la incertidumbre es justamente relevante porque constituye una manera de enfrentar el error y el fracaso como parte de nuestro funcionamiento social e individual. Y la única herramienta realmente eficaz que conozco frente a esta incertidumbre es la creatividad. Una educación centrada en la creatividad es la única herencia decente que podemos dejar a las generaciones futuras. Y creatividad no significa sólo plantear alternativas a lo conocido o modificaciones a lo establecido sino también crear las condiciones cognitivas y psicológicas que permitan al individuo habituarse a trabajar y evolucionar con el fracaso y el error.

El problema con la educación es que, como varios autores han ya señalado, se halla dominada en la actualidad por un modelo académico que ha hecho de la *self-reference* universitaria un paradigma absoluto. Toda educación, a cualquier nivel, tiene como modelo el académico universitario —en tanto *carrera* o individuo. Y la degradación académica

del mundo universitario traslada así su degradación al esquema educativo, con las consecuencias que ya son obvias. Un buen resumen de esta situación puede verse en la TEDTalks [Technology, Entertainment, and Design Conference 2006 — Monterrey] que ofreciera en esa ocasión Ken Robinson (véase <http://www.ted.com/>) y que reproduce de forma mediática pero interesante las ideas que Illich ya presentara en los años setenta.

La atrofia a que la escolarización de la sociedad inducía era aquello contra lo cual Ivan Illich escribía en 1971 —algo que el autor, situándolo en el contexto de una sociedad economicista e industrial, llamaba “counterproductivity”. En la actualidad, sin embargo, los desechos y la ausencia de racionalidad contable es aquello que sabemos domina los valores financieros del mundo Occidental. Más aún, en la actualidad podemos observar no sólo que el conocimiento y el aprendizaje en general son definidos por su relación a una institución escolar, sino que, además y justamente a consecuencia de ello, la científicidad se ha convertido en modelo único de conocimiento y aprendizaje.

Où va la education? Es el título de un libro que Jean Piaget (1896-1980) publicó en 1971 bajo el auspicio de UNESCO y en el cual ya se planteaban numerosos aspectos de esta situación. La epistemología de Piaget, centrada en torno a una perspectiva constructivista del conocimiento y del sentido de lo real, era precisamente una metodología encaminada a potenciar la creatividad como herramienta de entendimiento. Sin embargo, había en este trabajo de Piaget una voluntad iluminista, universal y en defensa de la educación pública y de la responsabilidad familiar que en la actualidad aparecen como propias de un mundo que ya no existe, no obstante el voluntarismo del autor suizo.

La lección que podemos extraer del predicamento de este escrito de Piaget, cuarenta años más tarde, es que la posibilidad de un encuentro, de

un acuerdo a nivel institucional, entre educación creativa y escolaridad, es cada día más remoto. Y ello sucede además por la creciente demonización del riesgo como elemento indeseable, como barrera psicológica insuperable. Las comunidades/sociedades Occidentales crean un ambiente cotidiano donde la noción de *riesgo* —aún cuando la misma, como es obvio, existe— es empujada hacia las fronteras exteriores de lo posible o, mejor dicho, de lo aceptable. Una educación que no considera el riesgo como una de sus materias básicas no es sino un mero ejercicio institucional. Y toda burocratización de la educación va justamente en la dirección opuesta: resúmenes, abstracts, manuales, clases prácticas, presentaciones gráficas, material ‘ready made’, no son sino algunos ejemplos de esta concepción financiera de la educación.